

los aportes y las falencias de las tendencias más modernas. Trabajo delicado y difícil, que J. M. de Alejandro ha logrado realizar con notable acierto en esta obra que nos ofrece la B. A. C. Su estructura general coincide con la adoptada por los tratados tradicionales: naturaleza de la Lógica, temática propia, relaciones, lógica del concepto (semiótica), lógica del juicio (apofántica), lógica del razonamiento (algoritmia), lógica de la demostración, argumentación probable, hipótesis, paradoja, metodología general y científica. Pero su tratamiento tiene rasgos característicos que la distancian de las obras que conocemos.

Perfectamente al tanto de las añadiduras y de las correcciones que el pensamiento no-clásico ha impuesto a la Lógica, el autor entabla un diálogo franco con las más diversas tendencias, asumiendo sus aciertos y haciendo ver sus fallas, sin caer en polémicas estériles. Aunque no trate directamente de la Lógica Simbólica, la tiene en cuenta en forma constante. Oportunas referencias hacen ver el influjo maximizante de las tendencias racionalistas e idealistas y el contrario minimizante de las empiristas y positivistas, sin salirse nunca del cauce estrictamente lógico. A este respecto cabe destacar la preocupación del autor en distinguir siempre lo lógico de lo gnoseológico, evitando molestas invasiones de fronteras.

La Lógica aparece así en su real función vertebradora del humanismo auténtico, como saber directivo de la obra de la razón, factor esencial en la vida, aunque no único ni siempre decisivo. Al señalar su valor, el autor subraya también los factores alógicos que concretamente se mezclan en nuestros razonamientos. Así el esquematismo abstracto de la Lógica tradicional —tremendamente acentuado en las corrientes actuales— queda equilibrado por una apreciación muy realista de la vida mental. Por ejemplo, destaca el papel de la intuición, de la conjetura, de la duda, de la paradoja, de la contraposición.

Sólo resta desear muy vivamente que esta obra tan notable tenga la difusión que se merece y que ayude a disipar los múltiples equívocos y prejuicios que se han acumulado contra la Lógica ya por obra de tendencias filosóficas o antifilosóficas, ya por desconocimiento de la verdadera faz de esta disciplina humanista, que como todo lo humano tiene a la vez mucho de grandeza y mucho de limitación.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

PETER A. MANN, *Métodos de investigación sociológica*, traducción de Encarnación García Acha, colección "Molino de Ideas", G. del Toro, editor, Madrid, 1969, 226 pp.

Escribir un libro introductorio, elemental pero científicamente aceptable, y dedicado por igual a los que se inician en el estudio de la Sociología, y que completarán por ende todas las lagunas del mismo, y a los hombres de cultura media o superior, que quieran tener una cierta nación de qué es esta ciencia y cómo procede, no es una tarea fácil. Porque no es fácil ser a la vez sencillo y científicamente serio. Podemos decir que el autor ha logrado cumplir su cometido, y tal vez sea éste el mayor elogio que pueda hacersele. Se ha propuesto (cf. *Prólogo*, p. 8) "escribir una introducción a los métodos de encuesta sociológica con el fin de mostrar al lector los problemas y peligros de estos métodos, pero no, por lo menos eso espero, para quitarle las ganas de probar". Y eso es cabalmente lo que ha hecho. El libro se dedica exclusivamente a los métodos,

con excepción del primer capítulo, *Sociología y ciencia*, que sirve de introducción general. Trátase del método científico sociológico en general y sus operaciones fundamentales (caps. II y III) o de los métodos especiales: fuentes documentales (cap. IV), la gente como fuente de datos (cap. V), las encuestas con muestrarios y las entrevistas formales (cap. VI), el método del cuestionario (VII), el sistema de formular preguntas (cap. VIII) o bien a la exposición general de los resultados (cap. IX), ha procurado siempre mostrar en primer lugar en qué consiste el método, cómo debe aplicarse correctamente, y en seguida demostrar sus limitaciones, y las dificultades y peligros de erróneas y a veces disparatadas conclusiones a las que puede llegarse por no tener en cuenta las limitaciones propias del método, o por haber caído en manos de principiantes o amateurs, de esos que actualmente sobran. Porque si hay muchos sociólogos de profesión, hay también muchos que lo son accidentalmente, pero pretenden tener tanta autoridad como aquellos, con menos tino, queriendo llegar siempre a resultados unívocos munidos de un manual y unas cuantas tablas. Contra éstos, y los estudiantes que prematuramente quieren ser científicos, el autor dialoga constantemente, con objetividad, seriedad y elevación, pero no sin gracia y buen estilo. Por ello, además de ser sumamente instructivo para todos los que no somos especialistas en Sociología y una voz de alerta contra posibles tentaciones, es de lectura agradable y no pocas veces risueña. Para los que deseen ahondar los temas se ofrece una bibliografía especializada.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

**RODOLFO MONDOLFO**, *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, Eudeba, Buenos Aires, 2ª edición, 1971, 446 pp.

Se trata de una nueva edición de la justamente famosa obra de Mondolfo, ya publicada por Eudeba en 1952. En el capítulo primero expone el autor la tesis de Frank, en *Plato und die sogenannten Pythagoreer* (cap. II), según la cual el espíritu griego tiene un acceso sólo intelectual a lo infinito, careciendo de una actitud afectiva y valorativa frente al mismo. Dicha opinión es rechazada por Mondolfo, quien afirma: "La creación de un concepto no puede lograrla un espíritu que carezca de todo interés por él; no puede darse, por consiguiente, una comprensión intelectual de lo infinito desligada de toda comprensión estética del mismo, de manera que no puede ser «precisamente griego» el concepto de infinito y ser absolutamente «no griego» el sentimiento correspondiente" (p. 4).

El tratamiento de la antinomia así planteada constituye el contenido de este libro, desarrollado a través de cinco partes: los orígenes de la noción de infinito en Grecia, la infinitud del tiempo y la eternidad, el número infinito y lo infinitesimal, la infinitud de las magnitudes extensas y la infinitud de la potencia universal divina, y la infinitud del instante y la infinitud subjetiva. Es superfluo abundar acerca de la erudición del autor, verdadero conocedor en lo que a historia del pensamiento antiguo concierne. Lamentamos por ello encontrar aseveraciones que, si bien exceden los límites de la Edad Antigua, se manifiestan como simples reiteraciones de viejos prejuicios. Así, en p. 393, "¿cómo puede corresponder un efecto finito a la causa infinita? Para responder a esta pregunta, y «romper los telones pintados» dentro de los cuales la ortodoxia medieval había pretendido encerrar la realidad universal...".